



Estamos viviendo un cambio de régimen y de época. Para entender el cambio, es indispensable recordar brevemente que en el pasado se dio una situación similar en el mundo convulso de esas épocas.

UN MUNDO convulso

Eduardo Roldán

REVISANDO LA HISTORIA, vemos que, para buscar la solución a conflictos ancestrales entre el reino de los hititas (hoy Turquía) y los egipcios, se firmó un tratado de paz y de cooperación.

Éste fue el tratado de Qadesh, en 1259 antes de nuestra era. Dicho documento, firmado por Hattushil III y Ramsés II, es el tratado de paz y cooperación más antiguo que se conserva.

MÁS ADELANTE, entre el 27 a. C. y el 476 d. C, las reglas e instituciones fueron impuestas por el Imperio Romano, de modo que sus normas y valores se acataron por casi quinientos años. Era un imperio lo que ahora llamamos elegantemente *hegemonía*.

Sin embargo, el poder absoluto de Roma, capital del imperio, se fue debilitando con el tiempo.

Cayó el Imperio Romano y vino un desorden internacional: se generaron convulsiones, nuevas economías y religiones; rebeliones y conquistas de territorios; hubo nuevos actores políticos y conflictos sociales. Ello dio origen a una nueva época de incertidumbre y cambio.

Esta situación persistió del año 476 hasta 1648 de nuestra era, pero con la Paz de Westfalia, se puso fin a múltiples guerras y a la conocida como la guerra de los Treinta Años. Los dos tratados de paz de Osnabrück y Münster, firmados el 15 de mayo y 24 de octubre de 1648, transformaron la geopolítica europea del siglo XVII, lo cual dio pauta a un nuevo orden mundial integrado principalmente por principados y reinados. Toda esta etapa estuvo gobernada por una norma, conocida como el derecho divino de los reyes. Dicho periodo se caracterizó por un sistema jerárquico, donde el monarca gobernaba y solo rendía cuenta a Dios.

Este periodo duró hasta 1814-1815, en virtud de que en los años previos fue surgiendo la idea liberal-republicana, hasta consolidarse con la Revolución francesa de 1789, la cual convulsionó al *ancien régime* o viejo orden mundial. Más tarde, Napoleón Bonaparte atentó contra los reinos y dio pauta a que éstos se uniesen y crearan alianzas.

Dichas alianzas no pudieron detener el nuevo orden mundial de la época que dio origen a la expansión de los Estados republicanos y que, con el tiempo, permitieron la consolidación de las naciones que hoy conocemos como países. Sin éxito, los monarcas trataron de detener las ideas revolucionarias en plena expansión, con los Congresos de Viena (1814-1815), Aix-la-Chapelle (1818), Aquisgrán (1818), entre otros.

Nacionalismos extremos

CON EL TIEMPO, se dio la formación de los nuevos Estados nación, unos republicanos y otros con limitaciones al monarca. Ello generó una estabilidad que duraría cien años, es decir, hasta 1914. En estas fechas, surgieron los nacionalismos extremos, lo cual dio origen a la Primera Guerra Mundial, o Gran Guerra. Este hecho motivó la creación de la primera cátedra sobre el estudio de las relaciones internacionales, en la Universidad de Aberystwyth en Gales y se le

denominó la cátedra Woodrow Wilson.

Ésta fue confiada a Alfred Eckhard Zimmern en 1919, hace ya cien años. Al final de la Gran Guerra, se dio una paz precaria, que fue inestable y dio origen a la Segunda Guerra Mundial, la cual comenzó en 1939 y terminó en 1945.

Al término de la Segunda Guerra Mundial, dos potencias salieron ganadoras: Estados Unidos y la Unión Soviética, cada una con ideologías antagónicas, es decir, el capitalismo y el comunismo. Estas ideologías dieron pauta a la confrontación conocida como la Guerra Fría. Así, se creó un nuevo orden mundial, con Estados Unidos a la cabeza del sistema capitalista, y se construyeron instituciones como las Naciones Unidas, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, entre otras. En pocas palabras, se estableció un nuevo sistema de normas mundiales que mal que bien persiste hasta nuestros días.

El nuevo orden mundial

CON LA CAÍDA del Muro de Berlín, en 1989, y la desintegración de la Unión Soviética, en 1991, se fue gestando el nuevo orden mundial que estamos viviendo en la actualidad. Esa es la nítida realidad de hoy en día y, en esa tesitura, se dio la derrota del sistema socialista, Estados Unidos se convirtió en una hiper potencia entre el 2000 y el 2005, hasta que la Unión Soviética regresó a la palestra internacional después de haber sufrido su desintegración.

Retornó como Rusia y como gran potencia en 2008. No hay que olvidar también que en todas esas décadas surgieron nuevas potencias hegemónicas, políticas, económicas y militares, como China, Japón, la Unión Europea y los países emergentes como Brasil, India y Corea del Sur.

Hoy en día, estamos viviendo un profundo cambio, un ajuste de la arquitectura internacional, donde nuevos actores están surgiendo política y económicamente a nivel mundial, al igual que nuevas organizaciones no gubernamentales, instituciones financieras, económicas y nuevos países, en particular en África, que se fueron independizando a partir de la década de 1960.

Estoy convencido de que algunas de las normas que se establecieron después de la Segunda Guerra Mundial siguen vigentes y otras no, debido al reajuste político internacional. Pues, antes, era la lucha geopolítica; hoy es la lucha geoeconómica. Ya no es la conquista territorial pura, ahora es la conquista de los nichos de mercado internacionales, en virtud de que vivimos un mundo global plenamente capitalista.

China está reajustando su fuerza política, económica, militar y está lentamente desplazando el lugar que ocupaba antes Estados Unidos. En este tenor resulta claro que Estados Unidos está tratando de reencontrar y reafirmar su hegemonía frente a China, Rusia y la Unión Europea, en virtud de que se distrajo con guerras en Medio Oriente y el norte de África, mientras China se consolidaba en Asia, África y América Latina desde el punto de vista económico. Estamos viendo que, en este proceso de transición, la era Trump, Estados Unidos busca reafirmar su hegemonía y los espacios perdidos con mecanismos equivocados. Sin embargo, la misma realidad económica y política contemporánea le hará pagar un precio.

Hoy en día, estamos viviendo un sistema capitalista de carácter global con todo lo que conlleva: conflictos en los mercados, lucha por mantener una competitividad e intercambios desiguales. Es evidente el desplazamiento económico de la hegemonía estadounidense por la de China —de ahí la actitud de Trump ante esta situación. China ha estado cosechando positivamente lo que sembró en los años sesenta. ¿Cómo EE.UU. podría contener a China sin una estrategia al respecto? La encontró declarando una guerra comercial que en el fondo es una guerra digital para contener a China en su carrera por el dominio digital. ¿Lo logrará? Lo dudo.

El magnate no ha entendido el grado de integración que se ha dado en América del Norte producto de la globalización que el mismo Estados Unidos impulsó a su conveniencia.

Confrontaciones

LO PEOR ES QUE lo que Estados Unidos está destruyendo aquello que cimentó después de la Segunda Guerra Mundial, a través de instituciones, normas y valores. Por ello, ya estamos en un cambio de régimen y de época. El mundo convulso de hoy refleja una nueva configuración del poder internacional.

Ésta no es más que un nuevo periodo mundial donde se han estado generando cambios dramáticos en las concepciones geopolíticas y geoeconómicas. Todo ello se ha dado en la búsqueda de un reajuste de poderes militares políticos y económicos, de coordinación, cooperación o confrontación entre las grandes potencias del orbe: Estados Unidos, China, Rusia, la Unión Europea, India, entre otras. Estamos viviendo un mundo convulso salpicado de crisis sociales, económicas, políticas y de valores, como producto de la perversión, de la corrupción y del incremento de la desigualdad en la distribución de la riqueza mundial, donde sólo una élite de 10 hombres detenta 50% de ella. En este sentido, la mayoría de la población en general, y de la clase media en particular, ha visto disminuir sus derechos sociales, sus pensiones, sus bienes.

Grupos sociales conviven indignados, protestando en la calle, en la desesperanza y el empobrecimiento, mientras se multiplica la delincuencia y la corrupción política queda impune, en medio de una profunda corrupción estructural que nos ha llevado a la polarización mundial. Además, el gasto de armamento, en 2018, fue el más alto desde la Guerra Fría, con un monto total de más de 1739 billones de dólares (2.2% del PIB mundial) y cuyos cinco vendedores más importantes son Estados Unidos (34%), Rusia (22%), Francia (6.7%), Alemania (5.8%) y China (5.7%). Éstas son las verdaderas causas del mundo convulso que nos tocó vivir.

El mismo G20, integrado por las economías más desarrolladas del orbe, teme un debilitamiento mundial de la economía por contagio de los países ricos. En su reunión del 12 de abril de 2019 en Washington D. C., alertaron sobre la necesidad de frenar riesgos y tomar medidas para reducirlos. En dicha reunión, el ministro de finanzas de Japón, Taro Aso, expresó: “La expansión del crecimiento global continúa, pero a un ritmo más lento que el previsto. Además, el balance de riesgo sigue sesgado a la baja. Reconocemos el riesgo de que las perspectivas de crecimiento puedan deteriorarse”.

PricewaterhouseCoopers señala que, si México hace bien las cosas, a partir de la coyuntura de cambio de régimen por la que transita, el país podría pasar de ser la decimoquinta a la octava economía del mundo. El futuro está en la innovación tecnológica y en la creatividad de los estudiantes y de sus profesionistas. México se encuentra en el lugar 56 en el índice de innovación tecnológica, por lo que debe tener en mente la visión de innovar, pues, ¿cómo transformar un país sin innovación tecnológica? Los grandes ejes de la nueva relación de México con el mundo deberían ser el comercio, la inversión, el intercambio educativo masivo y la innovación tecnológica.

Objetivos de desarrollo sostenible

MÉXICO DEBE seguir participando activamente en organismos internacionales multilaterales y auspiciar un nuevo orden internacional. Esto considerando que en un mundo globalizado es imprescindible contribuir a la solución de los grandes problemas de la humanidad, como la extrema pobreza, el calentamiento global, la corrupción, el lavado de dinero, las migraciones mundiales, la discriminación, el menoscabo a los derechos humanos, y las pandemias. Todo ello se debe tratar con base en la Agenda 2030 y sus 17 objetivos de desarrollo sostenible, desde una visión de cooperación internacional y enfatizando en el desarrollo y la seguridad humana.

Por lo anterior, la acción debe de ser contundente, determinante y sin confrontaciones. La situación exige actuar con inteligencia, diligencia y estrategia, fortaleciendo integralmente las relaciones de tipo cultural, político, diplomático, turístico y económico. Pero, lo fundamental es migrar, de la diplomacia de extorsión y chantaje, de la diplomacia disminuida del pasado reciente, a una diplomacia basada en el pundonor. Es necesario establecer negociaciones con menos confrontaciones; de coordinación, más que de subordinación. En el mundo convulso en que vivimos, resulta inaceptable que México siga pagando altos costos políticos por decisiones externas que ha aceptado como propias. Por todo lo anterior, es indispensable tener en mente al pionero de la informática, Alan Kay, quien dijera: “La mejor manera de predecir el futuro es creándolo”.

Internacionalista, escritor, diplomático y analista político.